

Las razones de la escritura

Javier Palacios Neri¹

CUANDO ÉRAMOS JÓVENES Y VIVÍAMOS EL EXILIO, el inolvidable Marley lo dijo en un grito desesperado: si la vida de un hombre se desenvuelve sin mujer, nunca aprende a llorar: *no woman, no cry*, así lo escuchamos hace más de treinta años en Nueva York. Esa exaltación se alojó en la piel y sigue ahí, latente, como herida que nunca sanará. Con el paso de los años el llanto acudió en innumerables ocasiones a aliviar el alma. Pero los demonios continuaron sueltos. Nada los ataba a pesar de buscar todos los medios posibles para exorcizarlos. Cada anónimo llanto abonaba el terreno para el siguiente. Así, entre lágrimas y mujeres nuevas que ofrecieron sus mieles, la existencia transcurrió con desencanto intrascendente.

Pero una llama fina latía desde mucho tiempo antes en el corazón. Esa flama inundaba con lágrimas los días y hacía eternas nuestras noches. Nuestras almas debían vaciarse. Sacar desde el fondo de nuestras vidas todo ese llanto convertido en urgencia: la literatura surgió maravillosa desde la noche profunda de la tristeza. Ayudó a mitigar nuestras penas y aliviar la existencia. Se comprendía a la literatura como la ventana abierta al mundo desde donde el hombre se asoma a la vida. Sus formas diversas son maneras de ver, donde adquieren presencia los caminos distintos y disposiciones de la existencia: la circunstancia en que ésta se desenvuelve, su acontecer en el tiempo, las inquietudes que perturban o excitan el vivir, las persistencias de la aflicción y la invocación y aun los alejamientos del abandono.

La escritura se convierte así, en vehículo del literato para que el lector nade por las tinieblas de los desazones subrepticios propuestos por él. Si la lectura atrapa desde

sus primeros renglones, el leyente se hunde en los abismos de la pasión para sublimar sus obsesiones y hacer a un lado las catástrofes de sus culpas. Porque las lecturas contagian exaltaciones que despiertan una enfermedad latente que considerábamos ya erradicada de nuestras vidas. Nos obligan a continuar y llegado el final somos otros, hemos cambiado y en la profundidad de nuestros pensamientos nos sabemos distintos.

Pero abrirse al deseo es una condena: tarde o temprano se emprende el camino para saciar la sed, sólo para volver a padecerla. Lecturas las hay de muchas clases. Unas remueven tinieblas sosegadas en nuestro interior y nos despiertan apetitos urgentes, innombrables. Otras nos irritan y las más exaltan nuestros sentidos. Leer es aventura, es pasión, pero la literatura es amor. El proceso de seguir los propios instintos es una fase de libertad que la recreación consolida al convertirla en un nuevo nivel de idealismo y sinceridad. El juego de la deformación imaginaria pretende captar un ser humano reformado, realzarlo, magnificarlo y después, asesinarlo. El escritor se transforma en demonio suelto por el mundo laberíntico que conduce a la locura. Desea crear un texto que en lugar de incitar, extasíe; que en lugar de provocar ira, cautive al lector. La literatura por eso, es exageración, una dramatización y quienes se alimentan de ella corren el riesgo de seguir un ritmo imposible. Existe entre los escritores una poderosa atracción hacia lo extravagante y se esfuerzan a templar su propio ritmo. Se desesperan cuando pretenden reconciliarnos con nuestra propia imagen, cuando aspiramos avanzar al exterior y partimos del sueño. Porque escribir también es soñar, idealizar situaciones que sólo existen en un mundo quimérico, alucinante, que conduce a continuar con el ensueño. Los personajes se convierten al mismo tiempo que actor central

¹ Las opiniones son personales y en nada comprometen a las instituciones con las que el autor está relacionado de una manera u otra.

de la novela, en escritor que da a conocer el microuniverso que construye.

El escritor desea transformar la realidad. Y la realidad merece que se la describa en los términos más abyectos. Lo acusan de seguir una vida literaria, de vivir en el eterno romanticismo... pero ¿por qué no vivir al estilo literario, por qué no, si así los escritores pretenden modificar la realidad? El romanticismo, ese tiempo de la humanidad repetido de manera inevitable en cada individuo que en definido instante de su vida da a los árboles y al paisaje la significación adecuada a ese estado de ánimo. Soledad y comunión, belleza y existencia, tiempo y permanencia, todo lo representan los árboles, también el dolor y la muerte, la juventud y vejez. Se leen libros y después, se espera que la realidad esté también, llena de interés e intensidad. Y por supuesto, es distinta. Hay muchos momentos anodinos que también son naturales. Lo que hace que nos desesperemos es que deseamos encontrar un sentido universal a toda la vida y acabamos por decir que es absurda, ilógica, carente de sentido. Un sentido cósmico, universal, que valga para todo, es inexistente, sólo existe un sentido, el que nosotros damos a nuestra vida, un sentido íntimo, una historia original, como una novela personal, un libro para cada uno de los seres humanos. Muchos textos son romanticismo, cursilería, también pasión desbordada.

Porque la creación literaria contiene dos formas de concebirse: la estética de la profusión y la estética de la exclusión. En ésta, el contenido es la escueta representación de los sucesos narrados. En cambio, en la estética de la profusión la belleza se crea a partir de la proliferación de los símbolos. De cierta manera, puede argumentarse que el escritor propone dos formas de creación artística: la psicológica y la visionaria; la primera actúa en la esfera de la experiencia consciente y la visionaria incursiona en la irracionalidad, en el mundo de los arquetipos, la visión que las palabras apenas pueden expresar. Por eso los escritores aportan los más altos testimonios de la estética y entre los libros por ellos escritos, que al menos uno sea escrito desde dentro. Que no sea el ojo el que describa el paisaje, ni el sentimiento que se extienda en la descripción de la belleza del ambiente. Por el contrario y a través de otros ojos, aunque ubicados en la presencia de nuestra cosmogonía, penetrar las sinuosidades del alma y en el ser esencial que se agita a merced de las fuerzas telúricas. Que al final quede en el fondo la íntima convicción del misterio que es en sí, la existencia humana.

El escritor se siente excitado cuando sabe que está a punto de culminar su obra, pero simula un poco de vena social para tratar a los demás y recuerda cuando era imposible para él reconstruir la denodada historia que rondaba por su

cabeza y por razones de disciplina o falta de cualquier cosa, no está habilitado para emprender trabajos extenuantes. Se conforma con llevar notas para la futura composición archivándolas en un viejo legajo permitiéndose el juego, las diversas variaciones sugeridas en largas noches de tedio cuando el sueño tardaba en planear en su cama y en que, a manera de una suerte de solaz, la tardanza creativa le permite entregarse a aquel ejercicio vicario. En ocasiones los personajes acuden a este expediente para lavar sus culpas por saberse sometidos, masacrados y madreos por inasibles mujeres quiméricas.

Cuando el individuo se decide llegar a escritor es claro que desea convertirse en artista. En ocasiones incomoda el afán que asignan los verdaderos escritores en hacerse ver distintos cuando en un mundo sin literatura, el escritor es, un individuo diferente. La vestimenta y los aparatos accesorios que suelen vincularse con el literato le resultan anacrónicos y absurdos.

Durante la escritura de una novela se aprende que lo abrupto del oficio no es en sí narrar las escenas que con mayor obstinación nos visitan antes de sentarse a la mesa, frente a la máquina, bueno, en la actualidad uno se sienta frente a la computadora de escritorio o en cualquier lugar con la *lap top* sobre las rodillas, en la incomodidad de cualquier resquicio; sino adquirir una paciencia monumental que mantiene un día sí y otro también, los dedos sobre el teclado, sin desmoralizarse cuando la historia encalla en punto muerto. Tal como sucede a los protagonistas quienes a momentos sienten que la narración se hace imposible.

A medida que el escritor se aveza en el trabajo de la escritura, trabajo por el que nadie paga al principio, se crea una compenetración entre el escritor y la escritura que la paciencia parece menos una disposición de la voluntad que una atmósfera inclusive táctil, cuyo ámbito placentario lo retiene el tiempo justo que él mismo se fija de antemano dentro del espacio destinado a la escritura. Este lugar recibe el ostentoso nombre de estudio y es en esta área donde, por la noche, en la madrugada, todos los días se escribe durante horas largas siempre con la sensación de hacerlo con sus congéneres, en razón de la persistencia de su desorden, aún cuando se sabe que la ciudad en cuyo seno habita, lo ha tenido por fuerza que exiliar igual que a una alimaña silenciosa condenada a cuidarse de asomar la cabeza a la superficie so pena de perderla.

El escritor puede sobrellevar el exilio incluso cuando se vive en el bullicioso corazón de la gran urbe. Pero lo que mata a la vida, es la ausencia de misterio. El hombre puede ir mucho más lejos sin salir de sí mismo. Por otra parte, escribir para muchos produce dolor de cabeza, para otros; es vivir, gozar, reinventarse, encontrarse y renovarse.

De esta manera el escritor camina hacia el mundo exterior a partir del sueño para construir ilusiones en el aire. Esto es lo que sucede a diversos protagonistas: a pesar de vivir rodeados por personas preocupados por él, desean expresar sus sentimientos para sentirse vivos, para disfrutar de la vida con cada una de células.

También puede escribir con whisky igual que Hemingway, o sin whisky, con tequila, con mezcal, como Lowry, a máquina o a mano y dicen algunos, que los malos escritores escriben ahora en computadora y los pésimos, lo hacen en modernas *lap tops*, con 2 megas en RAM, 360 gigabites en disco duro y conexión a Internet. Malcom Lowry es, tal vez, el prototipo más representativo de la voluntad de escribir. Dedicó diez años de su vida a escribir *Bajo el volcán*. Escribió cuatro versiones de la misma historia. Hay más: habría que considerar el complejo proceso vital en que se produce este proceso y se ignora qué es más sorprendente, si el tesón para culminar la obra iniciada en la condición en la que se desenvuelve su vida saturada de alcohol, encaminada de manera inevitable a su propia destrucción, o la sobrevivencia de su personalidad creadora, llena de destellos originales en esta perturbación habitual. Lowry se hunde en el mundo del tequila y el mezcal, desata a sus demonios internos y vive una experiencia singular: es al mismo tiempo, el escritor y el personaje, experiencia que al término de su existencia lo lleva a la confusión de ser el que escribe y el que es escrito, confusión que por otra parte es —vaya paradoja—, parte de la singular lucidez de este novelista personaje.

Por cierto, cuando abandona México, Lowry se acompaña del primer manuscrito de su más grande novela religiosa. En Los Ángeles inicia un segundo borrador y un tercero, en Vancouver, Canadá. Sus editores rechazaron cada uno de ellos, razón por la que se entregó a la escritura de una cuarta versión terminada en julio de 1944, después del incendio de su cabaña en Dollartón, Columbia Británica, donde se malograron otros manuscritos pero salvó por suerte, el de su novela escrita sobre y en México.

Pero se puede escribir siempre y si el deseo es convertirse en escritor, debe escribirse tanto como el pianista hace con el piano, de modo que sólo quede la palabra. El lenguaje hablará por ellos, todo lo hace la palabra escrita. Cada escritor tiene un estilo, hábito y circunstancias que lo motivan a escribir. A quienes les gusta hacerlo, conocen determinadas condiciones. Motivación, propósito, circunstancias, técnicas y para escribir bien el escritor al menos debe reunir naturalidad, técnica, estilo y visión del mundo. Los personajes lo saben y ofrecen consejos para dilucidar entre semántica y semiótica. Con recomendaciones inte-



Tesis I, óleo sobre lienzo, 55 x 60 cm, 2008



Defensa y ataque, óleo sobre lienzo, 80 x 80 cm, 2008

lectuales pretenden asombrar a las mujeres y mantenerlas a su lado, que no escapen después de estar con él.

La escritura es una creación intelectual desierta, aislada. La fuerza que la crea, la mantiene y renueva con humedad espiritual que inflama y trasmuta la sequedad de las palabras para comunicar vida a aquello que el escritor desea destinarle. Todo escritor entiende que la esencia de la comunicación literaria repite la mecánica de la vida: nacimiento, ascensión, caída y descenso. Se aprende la esencia del arte en cuanto sus estructuras repiten los movimientos y ritmos con que se mueve la vida del hombre y todas las criaturas sobre la tierra. El respeto y admiración a este movimiento es una de las virtudes del escritor: la naturalidad, expresión conformada de acuerdo con lo natural y lo poseído en común con lo natural, pretenden no contradecir a la Naturaleza, sino reproducirla en su armonía y mesura.

Para ello se necesita técnica, que muestra al escritor la proporción y armonía y se aprende la arquitectura de formas tal vez, olvidadas. La técnica del escritor será la estructura de acuerdo a sus formas mentales, el aprovechamiento de los recursos del lenguaje y su sensibilidad.

El estilo del escritor es el espíritu de su texto, es humedad espiritual que le confiere, pero estilo y técnica precisan de un acuerdo que los una. Cualquier obra escrita lleva implícita una visión del mundo, aspectos y modos especiales de enfoque y cada una de esas visiones lleva su propia organización interna. Cada visión del mundo exige una técnica propia y cuando el escritor logra expresarla, su trabajo es una obra excepcional. En la visión del mundo está implícita la misión del escritor y de las letras. En cada novela, cuento o narración se pretende la creación de un microcosmos habitado por dos seres distintos, por ejemplo. El uno ama más que la otra, quien se muestra esquiva, inasible pero dispuesta a obtener todo lo que desea. Sólo está dispuesta al mínimo acercamiento si recibe beneficio alguno, si es en moneda de curso legal y con gran poder adquisitivo, mejor. Tal es la visión del mundo que construye para su disfrute y gozo. A veces se encuentra la vía, el camino oscuro o luminoso, que lleva a la creación. Pero se asiste al proceso de la creación literaria. Desde el lugar mismo del creador, se revela el proceso de la escritura, la conversión de la realidad, la manifestación del sentido oculto de las vidas humanas, los símbolos de la existencia.

Una frase de Yourcenar es determinante: *la vida me enseñó los libros*. Leer sin vivir es un acto vacío y carente de significado. Nuestra vida está con algo que sobrepasa los límites lógicos llamado magia, azar o cualquier nombre para designar lo desconocido. Muchos autores utilizan la materia prima de esa realidad que metamorfiza el amor y

los sueños para escribir sus novelas y como lector, se viven las vicisitudes propias de esa realidad fantasmagórica para comprender los personajes. Este juego de espejos tiene muchas variantes entre lo real y lo fantástico y forma parte de la literatura y de nuestras vidas diarias.

El encanto de las obras que ofrecen los escritores reside en el hecho de que no son invenciones arbitrarias, porque en tanto fantásticas, son símbolos de nosotros, de nuestras vidas, del universo, de lo inevitable y misterioso y todo esto nos conduce a la literatura, a la filosofía. Los variados géneros de la literatura intentan dar cuerpo a un enorme conjunto de dudas que desde hace bastante tiempo, desde que el hombre se encuentra en la Tierra, carcome, roe su universo reflexivo. Trata de ofrecerle una significación más profunda y trascendental a todo eso que se desliza por nuestra piel y que hiere en forma sutil nuestra vivencia.

El escritor busca símbolos, conexiones con el propósito de comprender a la vida. Cuando es cauteloso, es atrapado en los símbolos mismos, que a pesar y después de todo, oscurecen la vida más de lo que la iluminan. Algunos escritores experimentan estas vicisitudes en toda su vida y lo reflejan con poderío en toda sus obras, lo cual implica un ir y regresar y en ciertas ocasiones los retornos son de alguna manera, extravíos que alargan o retrasan la ubicación en el punto de partida. Como en el caso de Lowry, su propia personalidad y por supuesto, su acercamiento desmedido al mezcál lo llevaron a largas y continuadas navegaciones en los que incursionó en ese bosque de símbolos —Baudelaire dixit—, vate maldito c=onocido por todos quienes se acercan a la poesía.

Pero los escritores quieren defender la actitud fragmentaria de la escritura como la única vía posible para llevar en realidad, la vida a la literatura. En el fondo de este problema radica tal vez, todo el sentido de la creación artística. El arte y la vida son quizá, dos rostros de la una misma condición humana, pero en una se vive la vida y se transita por ella con la acción y en la otra, se crea, se recrea, revelándola a través de la forma, el color o la palabra. Las novelas que escriben los escritores pretenden más y todo: que su lectura produzca seguridad al cuerpo, que imprima cauce a los deseos reprimidos, sentirse por vez primera tocado por la pasión, olido con gusto, visto con aprobación y probado con deleite. Eso sí, siempre con mujeres bellas por sobre todo. •

Julio de 2009

JAVIER PALACIOS NERI. Profesor-Investigador adscrito al Departamento de Producción Económica, en la Unidad Xochimilco de la UAM. Correo electrónico: panj4441@correo.xoc.uam.mx